

# Arturo Fernández o Gijón en su expresión

## El actor como pura esencia popular y su noble incapacidad para la sumisión

Luis MEANA

Arturo Fernández era para Gijón lo que Marcello Mastroianni para Italia: su símbolo y encarnación. Es decir, pura esencia popular. Para España fue una especie de Cary Grant, envidia resignada de los hombres y ensueño de madres, hijas y mujeres. O la transversalidad generacional. Ha sido el gijonés más famoso y conocido de cuantos han existido en las últimas décadas. Un dato: no habíamos llegado al atardecer del día de su defunción y el nuevo alcalde de Madrid ya había notificado que la capital de España le dedicaría una calle. Mérito y honor que ni siquiera se le ha concedido, hasta hoy, al gijonés más trascendente de la contemporaneidad: Torcuato Fernández-Miranda, que sigue en el anonimato callejero o en la contramemoria histórica. El mundo, y especialmente el de los titiriteros, tiene estos privilegios. Con su anunciada partida hacia el infinito, este Arturo Rey le ha hecho a Gijón un último favor: una inmensa campaña publicitaria con todas las televisiones abriendo telediciarios en plan gran angular con esta ciudad crepuscular. Conviene recordar esto ahora, cuando muchos de sus entonces “ronroneadores” y “obstaculizadores” han corrido a ponerse en cabeza de la manifestación y a apuntarse a figurar entre sus “fans” más pasionales, como ocurre siempre con estos conversos de la conveniencia política, sea municipal o autonómica.

Era este hombre, de apariencia simple, un complejo laberinto sociopsicológico. Por supuesto, demasiado enrevesado para despacharlo con una mirada ideológica superficial. Como todos los autodidactas que llegan a la cumbre escalando desde la periferia hasta con las uñas, tenía bajo la punta del iceberg una capa bastante compleja de registros. Cosa que a los pijos de la ideología o del dinero no les pareció nunca asunto relevante, así que le pusieron el sello de guapearas, de galán trasnochado o analfabeto de provincias y siguieron para adelante con los faroles de su ignorancia. Este actor –bueno, malo o regular– ha sido el mayor autodidacta de España y el “estudiante” que más tiempo ha pasado aprendiendo en las duras aulas de la realidad. Unos setenta años. Sin que los “Goya” se enterasen. O la doble moral.

Sí uno miraba atentamente su figura –es decir, vestimenta, modales, compostura, físico, estilo, aire, tipología de actor y lenguaje–, más que ver en él a una persona lo que se veía era uno de aquellos superrecargados salones de las grandes mansiones del siglo XIX, llenos de cuadros, tapices, miniaturas, cachivaches, cortinones, es decir, esa aristocracia Downton Abbey que fue el sueño ideal de este niño salido de la nada metalúrgica de Gijón. Con voluntad férrea, una de las más férreas que se hayan visto nunca, fue llenando su vida, como quien va pagando una póliza de seguros, de buenos modales, elegancias, sofisticaciones algo artificiales, cuidadísima educación y todo tipo de adornos, hasta que ese gran mundo de sus sueños le concedió la venia de formar parte del complejo paisaje de la clase. Hasta cierto punto, todo relativamente habitual. Es una forma de hacer camino al andar y de subir los empinados escalones del triunfo. Por decirlo así, es

la repetición del famoso grito cinematográfico de Scarlett O’Hara en “Lo que el viento se llevó”: “A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre”.

Lo que ya no es tan normal, lo que es verdaderamente prodigioso y paradójicamente estupefaciente, es que ninguno de esos abigarramientos burgueses consiguiese tapar, ni ahogar, ni apagar lo que él era de verdad: un chavalín del Gijón metalúrgico de comienzos del siglo XX cuando la ciudad era un concierto de sirenas. Por decirlo así, la forma, tan poderosa, nunca pudo con el fondo, aparentemente tan endeble. Me atrevo a pensar que, en su corazón, nunca quiso que esa esencia, que era la de su sangre, desapareciera. En una especie de filosofía del “como si”, fingía ser otra cosa de lo que de verdad era por debajo de tan prodigiosa representación. Ahí está la raíz y fuente última de su teatralidad.

Una teatralidad que tampoco engañaba tanto, salvo a los de-

Arturo Fernández. | I. Collín

**De cada poro de su piel salía salitre, en su entonación lo que se oía eran las olas de Gijón**

**El escenario invadió su vida y esta se fue convirtiendo en una escenificación sin fin**

savisados de siempre. Cualquiera que conozca bien Gijón notaba enseñada, en tan piñosa interpretación, que de cada poro de su piel salía salitre; que por debajo de su entonación lo que se oía era el rumor continuo de las olas de Gijón; que en su espontaneidad y en sus brillantes contestaciones instantáneas lo que brotaba era la gracia espontánea de Gijón; que sus risotadas olían a playa y ocle; que esos gestos y mohínes, tan teatrales, que hacía de disgusto, lío o cabreo (“la leche, la leche, chatín”) venían a ser como el humo que sale de un vapor que parte hacia las Antillas; y por debajo de su cuidadísimo castellano (de inver-



nadero) lo que sonaba siempre era el bable de los metalúrgicos de la Puerta de la Villa. En todo, por delante, por detrás y por el medio, siempre emergía Gijón. Y el recuerdo de su madre, Lola, amor de su vida, aquella señora que todos los días le advertía desde la ventana, según contaba Vitorón, “Arturín, vete por la sombra, que el traje bajase al sol”. Los sabañones de esa madre son seguramente la clave de su vida. Clave mucho más definitiva que todas las sofisticaciones del Downton Abbey de Somió.

Ni setenta años de exilio, ni todas sus muchísimas metamorfosis, ni ninguna camaleónica asimilación burguesa pudo acabar con esa raíz gijonesa que tenía metida en el alma con la fuerza y la determinación con la que solo los robles perforan el terreno. Así que donde el mundo entero veía un dandi, un gentleman, un (grande o pequeño) actor, un truhan o un señor, un galán o un seductor, nosotros veíamos siempre a otro chavalín de Gijón, incluso cuando tenía 90 años. De ese Gijón del que él fue su foto más fotogénica.

Su existencia ha sido una vida teatral y teatralizada. De una forma extraña, el escenario fue invadiendo su vida y ésta se fue convirtiendo en una escenificación sin fin, en la que ya no cabía diferenciar entre teatro y realidad. El actor devoró al hombre. Amó con pasión insólita la escenificación. Pasó por todo y de todo aprendió. Era una esponja autodidacta. Fue boxeador (el Tigre del Piles), vendedor de corbatas, vistió solo una vez el mono de obrero y le bastó, recibió consejos acertados de Machín, el de los angelitos negros, escapó a Madrid con unas 250 pesetas, quiso ser cantante en Pasapoga y no lo logró, se arrodilló devorado por el hambre en la capital, hasta que un día sonó la flauta de la casualidad, y alguien, por ayudarlo a matar el hambre, le puso a hacer de figurante y entonces se le apareció ese dios misterioso que se esconde tras las máscaras teatrales, y esa divinidad se convirtió en toda su vida.

**Pasa a la página 46 de Sociedad**



## Gijón, más aburrido sin Arturo

Él era la obra de arte creada por su genio seductor

**Fernando Canellada**



Arturo Fernández fue a pedir un autógrafo a Antonio Machín y al confesar que quería ser actor el cantante le dijo: “Eres joven puedes llegar a donde quieras”. Y llegó a donde se propuso. A donde le dio la gana.

Recordaba esta historia Arturo Fernández en una comida en Casa Víctor, en agosto de 2001, cuando LA NUEVA ESPAÑA reunió entorno a la mesa y bajo una fotografía de Joaquín Fanjul de tiempos de juventud de los protagonistas, al actor con tres de cuatro de sus más entrañables amigos gijoneses: José Manuel Ibáñez; Ladislao de Arriba, Ladis; Juan Ramón Pérez Las Clotas; y, como anfitrión, Víctor Bango, Vitorón.

No lo conocí bastante. En mis conversaciones con él, siempre como acompañante de sus amistades de toda la vida, tanto en aquel entrañable y nostálgico almuerzo, como en una cena junto a Cuca Alonso en su querido restaurante del barrio de El Carmen, y en los encuentros alrededor de un Dry Martini cuando solía aparecer en verano, me impresionó por su vigor natural, rasgo fascinante de su fisonomía, por su cordialidad y por su carácter bromista y juguetón.

No creo exagerar si afirmo que ha muerto el alma de un Gijón irrepetible, de una generación de “niños de la guerra” que no salieron por El Musel, como se definía Clotas, y llegaron alto en su trayectoria profesional, unos pocos en la capital de España. Ha sido uno de los gijoneses más logrados del siglo XX. Un chavalín de Puerta La Villa que empezó en Madrid de dependiente de Láinez, vendiendo corbatas, y acabó con su arte en los escenarios desbordando en popularidad a todos y acaparando el éxito del gran público. Un gijonés irreductible que estaba predestinado a ser el artista representativo de su época. Por eso Gijón es más aburrido sin Arturo Fernández.

LA NUEVA ESPAÑA, de la mano de Clotas, allá por los años cincuenta, publicó el primer reportaje de un joven y prometedor actor gijonés que debutaba en Madrid. Poco después sus amigos periodistas aparecían de figurantes en las películas de Arturo. Y así toda una vida de amistad y gijonismo.

Hombre de salón, cortés y refinado, pasionalmente optimista y



Pérez Las Clotas y Fernández, el día que el actor fue distinguido como “Asturiano del mes” de LA NUEVA ESPAÑA.

**Español de cuerpo entero, asturiano dotado de sentido y humor, ejemplo de pasión por la escena**

**Cultivó la estética como el aspecto sensible de la vida humana, y se cuidaba con esmero**

de indiscutible buen gusto, sabía mucho del arte de vivir. De naturaleza inteligente, conservaba las raíces en Gijón y el espíritu en todas partes.

Arturo Fernández, que ya llevaba la ganancia por su altura, portaba en su interior un espíritu

genial hecho para concebir, soñar y ejecutar grandes obras.

Español de cuerpo entero, asturiano dotado de sentido lírico y humor, Arturo Fernández ha sido la creación más genial de Arturo Fernández; él era la obra de arte creada por su genio seductor. Ejemplo envidiable y admirable de pasión sublimada por la escena.

Ladis, que dejó escritos notables de su amigo Arturo, bromeaba con su elegancia natural hasta con la carretilla y “el mono” de faena. Era elegante en todos los sentidos. En el atuendo y en la manera de vivir. Cultivó la estética como el aspecto sensible de la vida humana y se cuidaba con esmero. Podía despachar una cena en el mejor restorán de Gijón con un langostino y un whisky.

La distancia y la edad me han privado del honor de conocerlo más en profundidad, pero no de admirarlo.

## Arturo Fernández o Gijón en su expresión

Viene de la última página

Quizá lo más grande que pueda decirse de este hombre es que fue, en la mejor tradición anárquica de nuestra ciudad, un ser libre y libérrimo. Una libertad que, paradójicamente, se convirtió en su gran esclavitud: la necesidad de la representación. En alguna ocasión hizo de sí mismo un autorretrato bastante revelador: vino a decir que tenía una noble incapacidad para la sumisión. Probablemente ésa sea la mayor verdad de su vida. Lo que, dicho sea de paso, es herencia de Gijón y de esa brisa salvaje que se mama en la playa de S. Lorenzo. En el oficio religioso celebrado en el Tanatorio de La Paz en Madrid, una nieta recogió, de forma conmovedora, una frase suya que describe certeramente su filosofía vital: la lucha es el único camino que hay en la vida porque en el mundo nadie regala nada.

Anteayer, casi un siglo después, volvió a la tierra que le vio marchar con una maleta de cartón y en su equipaje traía la gloria de haber hecho unas 80 películas y 1.800 representaciones sólo en el Teatro Amaya de Madrid. Anteayer fue aquel día inesperado en el que ya no faltaba ningún otro para regresar definitivamente a Gijón. Ha vuelto a su sitio, a ese lugar donde

las olas calmantes de S. Pedro acarician su alma y su cuerpo en medio del sonido del órgano.

En esa enorme hornacina que es el escenario del Jovellanos, y ante el padre del que salimos todos, D. Gaspar, se despidió del mundo envuelto en los colores de Asturias y en la bandera de España este Arturo Fernández, tan complejo. A ese santuario en el que tantas veces levitó ha acudido medio Gijón para despedirlo. Entre él y el pueblo hubo siempre una conexión

Arturo Fernández. | Marcos León  
mística: él representaba lo que ellos soñaban ser. Cada vez que actuaba renacían sus esperanzas, la posibilidad de que aquellas bellezas se hiciesen, también para ellos, verdad. Así como él odiaba la arruga y toda fealdad, con igual intensidad odiaban ellos la feísima realidad de sus desgracias. No fue nunca un actor de realidades, sino trasmisor de sueños. Y por eso les gustaba tanto, porque la gente de la metalurgia tiene ya bastante realidad para que le den más. Llegaba infaliblemente al pueblo porque, a pesar de sus trajes milimetrados, sus camisas de lujo puro, su dandismo, su alta seducción, sus triunfos y su posición, él fue siempre pueblo por más que pareciera no serlo.

De alguna misteriosa manera, este sportinguista de corazón ha sido cima y límite de Gijón. Llegó a ser cuanto un gijonés puede ser. Pero ni así pudo saltar ese techo de acristalado acero que impone Gijón. Nuestra fatalidad. Quizá en otro lugar hubiera sido Cary Grant. O quizá no. Pero lo que es seguro es que habría volado mucho más alto y que su espíritu se habría alimentado de todo aquello que el obligado autodidactismo y las secuelas del Gijón metalúrgico no le pudieron dar a este melancólico actor, Arturo Fernández. A quien Dios reciba en su gloria y le conceda, junto a su amigo Víctor/Vitorón, que era el más simpático de los dos aunque España no lo sepa, el merecido descanso eterno y que esa eternidad le cumpla su mayor sueño: reencontrarse con la madre, tan querida, que le regaló la vida.

